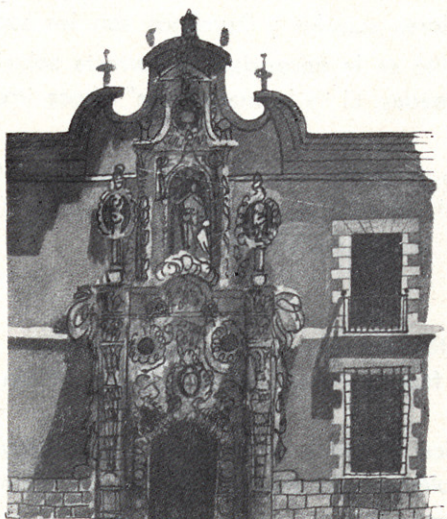
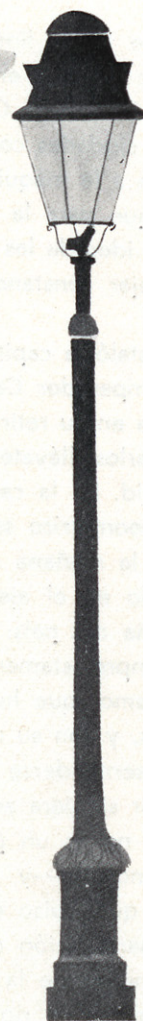




C A M I L O J O S E C E L A

MADRID, LOS ARQUITECTOS Y EL AZAR

SESION DE CRITICA DE ARQUITECTURA



Parafraseando a un rey eficaz y poco simpático, pudiera comenzar declarando que no he mandado a mi gripe a luchar contra Madrid, ni contra los arquitectos, ni contra el azar. Hay una fiebre gloriosa y creadora capaz de levantar mundos, bien lo sé, pero hay también otra fiebre, molesta, esterilizadora e infectocontagiosa, que se combate a trancas y barrancas con aspirinas y con paciencia y que es suficiente—y más que suficiente—para abatir ánimos esforzados. Lamento tener que decirles a ustedes que la mía es de la segunda especie, ¡y bien lo siento! En fin: el hombre es animal de ilimitadas resistencias, bestia capaz de aguantar a Madrid, a los arquitectos, al azar y hasta a la gripe sin descabalar la esperanza y, porque lo sé y no por ninguna otra razón, me atrevo a comparecer ante ustedes con mi palabra, con mi calentura y hasta con mi derrota. Veamos de poner un poco de orden en mi desordenada cabeza y en el revuelto enunciado que aquí nos convoca.

Es obligado discurrir, durante unos minutos, en torno a una ciudad concreta y determinada—nuestro Madrid entrañable y vaporeado—; alrededor de un oficio hermoso y paradójico—el de ustedes, los arquitectos—, y sobre una constante que, por esencia, no lo es o no debiera serlo—el azar. Probemos a meter el

diente sobre esta almendra garapiñada, indigesta y dulzarrona.

Sobre Madrid, históricamente, cayó la literatura con más fruición de la estrictamente precisa. Lope de Vega le llamó el ombligo de España, ignoro si por inútil o por clave de arco; Jerónimo de la Quintana, clérigo de buenas letras, la motejó de yema de la nación—quizás por aquello de que Madrid, como París, bien vale una misa y la yema del otro; Tirso de Molina la entendió como madre de todos; Hurtado de Mendoza la disfrazó de príncipe novelero; para Nicolás Fernández de Moratín fue castillo famoso, y el romántico Alfred de Musset la vio vestida—y también desnuda—de princesse des Espagnes.

Sin duda de géneros, a Madrid le cabe todo lo dicho y no poco de lo que quedó por decir. Madrid es una ciudad golfa y señora, como algunas duquesas jaraneras; tumultuaria y diáfana; estirada y democrática; civil e hirsuta: todo al tiempo. Y el entendimiento de Madrid que ahora persigo, ya me conformaría con que se quedase en adivinación y atisbo.

Madrid es—y no lo sabe—una capital precursora, el primer exponente de un concepto que había de hacer fortuna por el mundo adelante: el de la capitalidad concebida para serlo y acondicionada en función de tal, omisión hecha de cualquier otra circunstancia. Cuando Felipe II se trajo la capital a Madrid o, mejor aún, cuando Felipe II se inventó a Madrid como capital (recué-

dese que Felipe III se limitó a dar marcha atrás a su capricho vallisoletano) se anticipó en muchos años al soso y administrativo Washington, a la remota Camberra, a la científica y bien estructurada Brasilia, ciudades concebidas, cada una a su aire, para servir de embalaje a la máquina burocrática del Estado, de sus Estados. No creo que para la buena marcha del negocio público sea afortunada esta idea de las capitales—Leviatán pero, en todo caso, me limito a dejar constancia de un hecho histórico evidente: su presencia.

Felipe II instaló la capital en Madrid desoyendo el consejo de su padre, el Emperador Carlos V: si quieres conservar tus dominios—le dijo ya en su retiro de Yuste—deja la corte en Toledo; si deseas aumentarlos, llévatela a Lisboa; si no te importa perderlos, ponla en Madrid. En la cabeza de Felipe II prevaleció el criterio estratégico y geométrico sobre el político y Madrid se encontró, de la noche a la mañana y sin comerlo, ni beberlo, ni aun quererlo, convertido en el eje sobre el que había de levantarse la inmensa telaraña del país: con sus vías de comunicación radiales y prevista o imprevistamente lentas, con su atezador y esterilizador centralismo, que hubo de agudizarse con los Borbones y el calco francés, y con su rígido meridiano único, que llevó a los españoles a desentenderse los unos de los otros y a pensar que ni llegaba a existir siquiera aquello que no llevara el refrendo de la capital. España no es un país sino un mosaico de países perfectamente diferenciados—y de ahí su fuerza—y la administración centralista con que quiso encorsetársele trajo, como primera consecuencia, la paralización de su natural latido, la proliferación y subsiguiente enredo de la burocracia, y la no adecuada canalización de sus fuentes de riqueza. En España, pocas veces el Estado marchó acorde con la nación y, menos aún, con el país. Nuestra división administrativa es arcaica y, lo que es peor, artificiosa y caprichosa, y las consecuencias de este falso planteamiento las palpamos todos los españoles y, antes que ninguno, los españoles de la provincia, que somos el noventa por ciento de los españoles existentes.

Madrid tiene no poca culpa en este suceso, pero tampoco sería justo, claro es, achacársela de una manera gratuita. Precisaríamás lo que quiero decir si apuntase que Madrid es culpable, incluso a pesar suyo, de una situación producto de un cúmulo de circunstancias del que también él es producto y hasta circunstancia. Habría de llevarnos muy lejos el seguir por este camino que tampoco es el preciso de hoy. Madrid es villa que viene condicionada por muy diversas determinantes, entre las que tampoco puede afirmarse que su capitalidad sea: ni la más acusada, ni la cima y origen de todas las demás. De otra parte: Madrid es una evidencia—física, política, moral, social, religiosa, económica, etc.—con la que, tal cual es, debemos enfrentarnos.

Quizás fuera prudente enumerar media docena de premisas sobre las que echar a andar nuestro pensamiento. Por ejemplo:

1, Las ciudades, consideradas como cuerpo vivo, nacen, crecen y mueren empujadas por razones de fatalidad histórica (supuesto más probable) o gobernadas por la cabeza del hombre (supuesto no poco artificial, omisión hecha—por ahora—de su conveniencia o inconveniencia).

2, Las ciudades fatales o casuales se rigen, en principio, por la ley que pudiéramos llamar de la inercia del inmovilismo, que

dio origen a productos bellísimos y muy lógicos: Santiago de Compostela o Salamanca, por ejemplo. La coincidencia de un cúmulo de factores no conscientemente previstos, pero sí adivinados, engendra modelos difíciles de copiar y, aun más, de actualizar.

3, El previo planeamiento de las ciudades y su evolución no implica tan sólo un problema arquitectónico. Corolario: en el supuesto de que el problema dicho se ataque no más que desde el ángulo de la arquitectura, jamás se llegará a una solución profunda sino a una falsa solución meramente aparental.

4, Los valores estéticos de la arquitectura son siempre adjetivos; sus valores sociales y humanos son los substantivos.

5, El estilo es la necesidad: la correcta solución de las necesidades planteadas. El "a la manera de" aboca irremisiblemente al pastiche.

y 6. No es cierto que el urbanismo esté atezado por la burocracia; el urbanismo, tal como se plantea (al menos entre nosotros), es la burocracia misma.

Sobre estos tan elementales supuestos que quedan dichos, ya será más fácil que caminemos por Madrid sin tropezar demasiado.

En química orgánica se hizo un curioso descubrimiento: las complejas moléculas del ácido palmítico, por ejemplo, o del ácido nucleico, tienen una pasmosa semejanza con su fórmula en la pizarra. Sería interesante observar hasta qué punto las siluetas y los planos de las ciudades reflejan su espíritu y su realidad. La ciudad es el espejo de los poderes terrenales que sobre ella inciden (algo de esto ya dijo Aristóteles) y, en este sentido, es difícil concebir la realización en piedra o en cemento armado de la ciudad de Dios, que siempre se quedaría, más modestamente, en la ciudad de sus vicarios. Ahora bien; ¿es cierto que la ciudad cobra su silueta de la necesidad que la origina? ¿No será también cierto que esa silueta-producto sea, a la vez, matriz de una forma de vida determinada? Entiendo que las ciudades son—e incluso deben ser—producto de una simbiosis entre sus necesidades originarias y el carácter que a sus habitantes imprime la realización de aquella herramienta. Avila—y la citamos a título de único ejemplo—, ciudad murada y militar, produce un modo de estar sobre este valle de lágrimas que tiene mucho de bélico y cuartelero, no obstante llevar ya varios siglos sin entrar en fuego.

La silueta de Madrid no es fácil de seguir—o de prever—con el lápiz en la mano. Madrid—y no por culpa de los arquitectos, aunque tampoco debamos absolverlos de todos sus pecados—crece, al igual que el cáncer, sin forma previsible. Es posible que la ideal silueta del Madrid que no fue y pudo haber sido, fuera la de una concha de vieira con el nudo asentado sobre el Madrid viejo y el arco de círculo de su borde orientándose hacia la sierra del Guadarrama. No pocas, sin embargo, fueron las causas que originaron el actual desbarajuste, y no ha de interesarnos aquí señalar el pecador sino el pecado.

El remoto origen del mal no es arquitectónico—o no es sólo arquitectónico—sino moral, social, económico y político.

Al acabar la guerra, medio Madrid estaba en el suelo. ¿Por qué no se aprovechó para levantarlo por donde debiera haber ido, en vez de obstinarse en volverlo a levantar por donde iba?

De otra parte: ¿por qué Madrid no tiene barrio chino, barrio

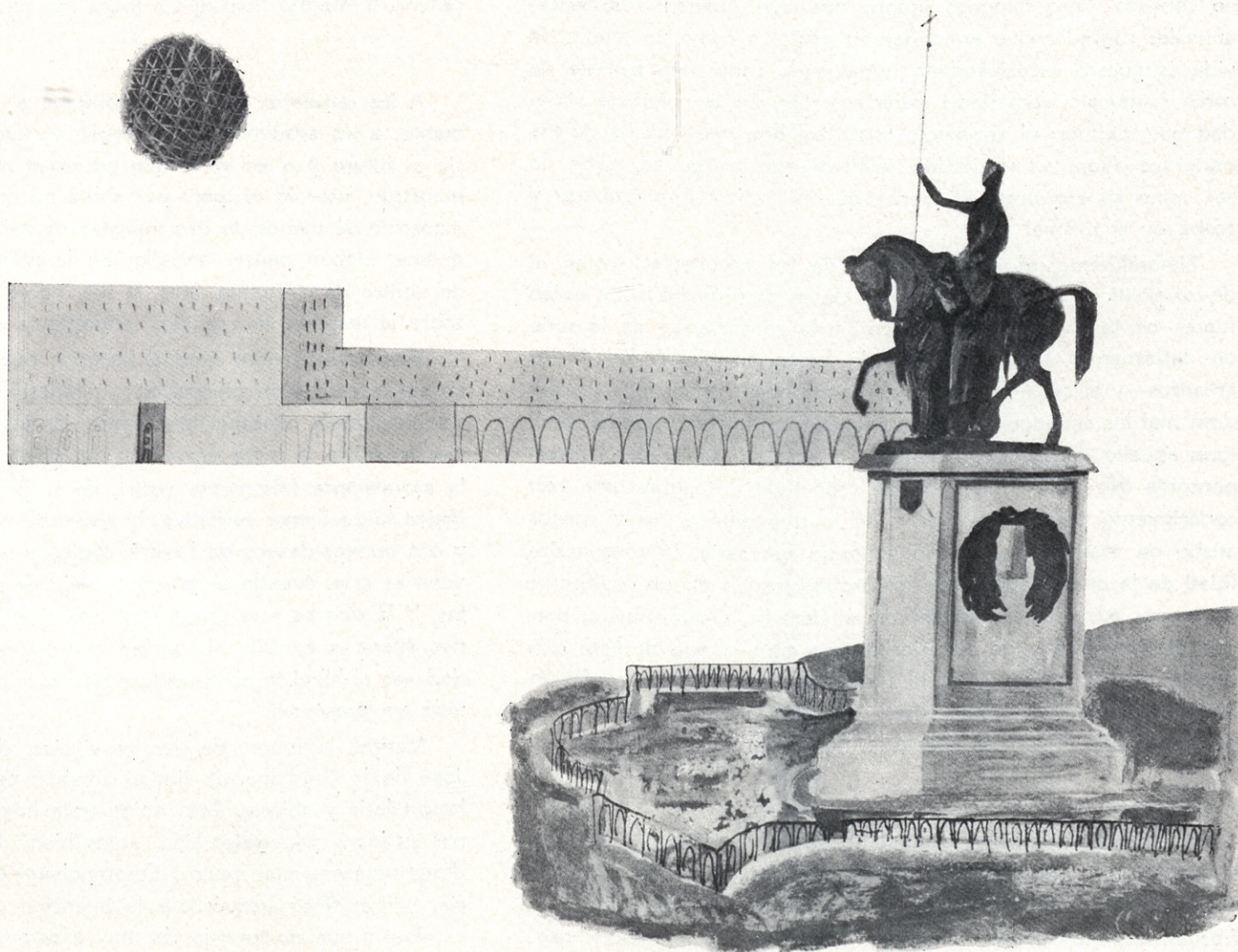
intelectual o cultural, barrios profesionales? Madrid los tuvo hasta épocas no remotas. ¿Por qué se hizo tablarrasa de lo que estaba estructurado y ordenado?

A los seis o siete años los niños cambian los dientes de leche por los definitivos; es necesario el terreno de los que se van para que puedan instalarse los que vienen, y la naturaleza ordena, sabia y pausadamente, la substitución. En las ciudades, a diferencia de en las encías de los niños, lo nuevo debería caber al lado de lo viejo, sobre todo cuando lo viejo, amén de viejo, puede aportar determinados valores no improvisables: históricos y artísticos, por ejemplo. Es cierto que en determinadas y muy precisas condiciones—las que se plantearían en Manhattan, pongamos por caso—sea admisible entender que la piqueta hubiera de servir de escampavía a la llana, pero ésta no es, de cierto, la situación que se planteó en Madrid, ciudad a la que sobran leguas, por los cuatro puntos cardinales, para crecer y extenderse. Es más: en Manhattan, no obstante no caber en sus lindes naturales, se hizo siempre un uso moderado de la piqueta, mientras Madrid tenía y padecía un concepto orgiástico del derribo. El conde de Keyserling aseguraba que en España todo termina en hoguera; más preciso, quizás, fuera decir que en España termina en hoguera todo aquello que no fue antes arrasado por el afán demoledor de los españoles. En el corazón de Manhattan se guarda, diríase que con mimo, un viejo cementerio fuera de uso en el que los viejos leen, los niños juegan

y los pájaros silban en los árboles. Cuando yo era pequeño jugaba al fútbol en el campo de las Calaveras, hacia el canalillo de Vallehermoso, por Cuatro Caminos; era un antiguo cementerio abandonado y le llamábamos el campo de las Calaveras porque a veces, al sacar un córner, apuntábamos mal y, en vez de con el balón, chutábamos con la calavera de un antepasado. Las mondas de los cementerios de Madrid—descritas por Pío Baroja y pintadas por Solana—son el exponente de una España negra—y lo que es peor, gratuita—que está viva en el recuerdo de muchos de nosotros. En una de estas mondas—y después de la guerra—fueron a la fosa común los huesos de Leonardo Alenza, el pintor de Madrid. Yo escribí por entonces un artículo pidiendo auxilio, pero nadie me hizo caso. Madrid había bautizado una calle con el nombre del pintor Alenza, pero no quiso pagarle una sepultura. Diríase que en España—y en Madrid, su capital—siempre quiere empezarse a contar de nuevo, olvidando que la cuenta de la historia no admite las soluciones de continuidad.

España es un pueblo cicatero, por pobre, y quizás también pobre, por cicatero. Esta característica se acusa no sólo en la administración de su indigencia sino también en la proyección de su soñado desarrollo.

Madrid no fue jamás proyectado con grandeza, sino con avaricia, y las soluciones se quedaron siempre pequeñas incluso antes de su oficial inauguración. A Madrid lo empuja su propia vida



más de prisa de lo que sus constructores quieren admitir, y la ropa—como a los niños zangolotinos—le viene siempre estrecha y corta. Para que Madrid se expandiese horizontalmente, que sería lo lógico, debería ser dotado de las dos muletas que precisa: una red de autopistas que lo circunvalasen y cruzasen de forma que el tráfico fuera flúido y eficaz, y un servicio de transportes colectivos cómodo, frecuente y, ¿por qué no?, gratuito. ¿Por qué no se hace? Lo ignoro; pero sospecho que no por falta de dinero sino, antes, por falta de imaginación.

Los arquitectos no son—repito—los únicos ni los mayores culpables, aunque tampoco estén limpios de pecado. Cada país tiene—y padece—sus animales sagrados; el animal sagrado de la India es la vaca; el de Inglaterra, el perro; el de los Estados Unidos, el niño; el de Rusia, el ajedrecista; el de Francia, el escritor, etc. El animal sagrado de la España rural y preconiliar es el cura, y el animal sagrado de la España ciudadana y postconiliar es el arquitecto. Esta consideración sacra de los oficios es el propicio caldocultivo de las galanas miasmas de la soberbia y, los atacados de soberbia, pagan en sus propias carnes las consecuencias de su mal: el más inmediato, la soledad.

No se me oculta—es más: si se me ocultase no estaría ahora aquí, hablando ante ustedes—que hay arquitectos que sueñan con habitaciones y con ciudades mejores, más justas y humanas, más lógicas y útiles; conozco a no pocos y son más, sin duda, los que no conozco. Pero tampoco ignoro que aún quedan arquitectos-animales sagrados que entienden su oficio: o como un medio de vida (supuesto excesivamente humilde) o como una patente de corso (supuesto demasiado soberbio). No; en la compleja sociedad que vivimos, el arquitecto es un eslabón más—no ha de importarnos ahora su valoración relativa—que pierde su razón de ser como tal arquitecto si piensa que la arquitectura empieza y acaba en sí misma.

Naturalmente, el endiosamiento de los arquitectos—como el de los políticos, el de los toreros, el de los escritores o el de quien fuere—no tendría fácil explicación sin la concurrencia de la serie de deformantes condiciones que lo hacen posible. A los oficios artísticos—y el de arquitecto lo es en no poca proporción—le cuadran mal las andaderas y pejugueras administrativas y, en general, todo aquello que coarte o tienda a coartar su vuelo libre e irresponsable. He dicho “irresponsable” con todas las agravantes, con conocimiento de que lo digo y de lo que digo y sin el menor atisbo de matización, que no entiendo necesaria. La responsabilidad de la arquitectura y de los arquitectos no puede codificarse ni, menos aún, reglamentarse cara al derecho administrativo, porque es muy otra y de superior estirpe aquella que pudiera exigírsele por la sociedad. En el fondo, oficio artístico y profesión liberal son una y la misma cosa, y la substancia que lo forma no es mensurable ni considerable a la mortecina luz de la burocracia.

El último y más noble regimiento de las ciudades corresponde al azar y a su gran aliado: el tiempo que pasa; y no de cualquier modo sino a su ritmo debido, a su andadura. Las ciudades, con frecuencia, nacen donde no debieran y crecen a su aire caprichoso.

El arte del arquitecto no está tanto en levantar la ciudad como en enseñarle a ser y a sentirse ciudad y a actuar como tal. Sería demasiado pedir a los arquitectos que desempeñaran la función de Dios o del azar: ese primo pobre de Dios. También sería pedir demasiado el que los médicos borrarán la noción y aun la existencia de la muerte o el que los poetas cantaran con la voz que sólo se reserva a los ángeles. No; el límite de lo exigible está muy próximo a nosotros y a nadie debe pedirse aquello que, por esencia, no puede hacer.

A los arquitectos compete dejar volar la imaginación y ensayar—entre la clave y la sorpresa—salidas y desenlaces sin miedo a tener que rectificar conceptos, puntos de vista y soluciones. Se equivoca el que actúa, bien es cierto, pero siempre será preferible y más saludable la equivocación del actor a la yerma virginidad intelectual del espectador que, por holganza, no deja de serlo. El tentarse la ropa no es gesto que dé pábulo a la esperanza; menos aún puede serlo el picarillo gobierno del querer nadar y guardar la ropa, que es ilusión tan vana como la de querer repicar e ir en la procesión.

No, no; los arquitectos, con talento y con media docena de ideas claras—tampoco se necesitan más—en la cabeza, deben sentirse augures de un futuro que se diferencie del presente en algo más que en considerarlo a pique de pretérito cuando asome su inevitable presencia el calendario. Insisto en proclamar que no hay peor pecado—intelectual, moral, social, político—que el del inmovilismo; es preferible enmendar diez veces el camino a no tener camino. Y Madrid, mal que a todos nos pese, no lo tiene.

A los regidores de la villa compete el dar vía libre, valerosamente, a los arquitectos que tengan verdadera vocación de servicio al futuro y a las ideas que encarnan el futuro. Madrid es un monstruo, bien lo sé, pero por ahora no es más que un pequeño monstruo de menos de tres millones de habitantes. ¿Han pensado, quienes deban pensar en ello, en la monstruosidad del Madrid de dentro de cincuenta años, si hoy no se toman, con decisión y sobre la marcha, las medidas tendentes a su buen orden?

Respétese el poco Madrid histórico que queda: acícalesele, lávesele la cara (con precaución), ventílesele y, claro es, consérvesele, cuídesele. Recapacitése sobre la amarga vejez de las colmenas, sobre la triste sarna que tan presto se pinta en la faz de la arquitectura falsamente social, de la prescrita arquitectura que mejor fuera llamar caritativa. Y afróntese el porvenir con valentía y con buenos deseos de hacerlo lógico y viable. Lo peor del porvenir es que, cuando se presenta, deja de serlo y nos exige cuentas. Y lo que es más grave: con una mentalidad que, por nueva, nos suena a extraña sin serlo; lo extraño—piénsese con serenidad—es el hombre obstinándose en hacer pervivir unas formas de vida ya prescritas.

Madrid, la señora de cien provincias, al decir de don Manuel José de la Quintana, es ciudad amable, pese a todo, acogedora, hospitalaria y abierta. Pero no se trata hoy, ciertamente, de entonar su loa y panegírico sino, antes bien, de entender su clave y desentumecer—o al menos, desempolvar—su adormecida conciencia. Por artificial—recuérdese la intención del rey Felipe—Madrid es caserío que no tuvo jamás muy exacta conciencia de sí mismo.

Es difícil, quizás, que las ciudades, incluso las más lógicas o menos artificiales, tengan jamás una noción demasiado clara de esta conciencia de sí mismas que ahora apunto. Poco importa, bien mirado, a nuestros efectos. La ciudad es la caja de resonancia—el espejo, le llamé antes—de las fuerzas que la condicionan, que la nutren, la determinan y señalan: el afán bélico, el fervor religioso, las cien arteras mañas del toma y daca, la navegación, la industria y, sobre todo, el ejercicio del poder político y sus características y peculiaridades. Aristóteles y su discípulo Ibn Jaldún acusaron la presencia de estas determinantes hace ya muchos años. La ciudad, para defenderse—o mejor, para conllevar con resignación y también con aprovechamiento—su circunstancia, que sabe inevitable, arbitró múltiples remedios caseros e inventó toda una teoría de paños calientes capaz de arrimar paciencia al fárrago y calma (o su máscara) a la prisa. Obsérvese que la novela, por ejemplo, que es el género literario más complejo y cerrado en sí mismo, es un producto ciudadano—desde el Decamerón hasta el último gran novelista que ustedes quieran citarme—y que hubiera sido difícil su maduración en los bucólicos ambientes que preconizara Fray Antonio de Guevara en su *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. En este sentido, la novela puede considerarse como un ámbito cerrado en el que anidan los anticuerpos que nos inmunizan contra las miasmas que la ciudad siembra en el alma. Madrid, como gran ciudad, tuvo también sus grandes novelistas—Pérez Galdós y Baroja, los dos últimos—y en su relectura deberían buscar fuente de inspiración los arquitectos para saber con quien habían de habérselas o, como diría cualquier personaje de don Benito o de don Pío, con quien habían de jugarse los cuartos.

La arquitectura, como la novela y como la vida misma (como la habilidad de vivir la vida misma), es un arte de realidades muy concretas y que ha de realizarse a raíz de tierra y con los pies sobre la tierra. El reino del hombre, a diferencia del reino de Dios, es este bajo mundo y no ningún otro, y este bajo—o no tan bajo—mundo está poblado de muy inmediatas realidades, unas buenas, otras regulares y otras malas, pero todas ahí presentes y vivitas y coleando.

No recuerdo quién dijo (esta conferencia la estoy cavilando con más gripe y menos bibliografía de las necesarias) que la arquitectura no es arte de opiniones sino de convicciones. Aunque pudieran parecer no poco divorciadas de mi sentir, estas palabras cuadran como anillo al dedo a mi propósito. La realidad inmediata es algo sobre cuya real existencia puede opinarse porque está ahí, a la vista, convincentemente a la vista y no arrebujada en las conciencias. Si el arquitecto no está convencido de lo que hace, de poco ha de valernos lo que opine. Madrid ha de ser el fruto de una convicción, no de toda una suerte de opiniones. Y si Madrid no encuentra el convencido artífice que la encauce, Madrid, probablemente, irá de mal en peor y llegará a ser inhabitable. No somos, los aquí reunidos, lo bastante tontos como para que nos consuele el mal de muchos. La *Carta de Atenas* tiene ya cerca de treinta años y sin embargo, entre nosotros los españoles, sigue siendo una peligrosa innovación revolucionaria. Es paradójico pero cierto: en España, salvo excepciones honrosas, sigue confundándose el urbanismo con la arqueología, sin que nadie se decida a



Dibujos de Ignacio de Cárdenas.

proclamar que el urbanismo no es ni siquiera el arte de hacer habitable el presente sino, aún más allá, el arte de hacer lógico el futuro. Este futuro lógico que, en principio, todos deseamos, debería realizarse, a mi juicio, vitalizando la provincia, defendiendo la pequeña entidad habitable y, paralelamente, flexibilizando las vías de comunicación que hicieran cómodo y barato el enlace de los hombres, los productos y las noticias. Mucho me temo que en España, empecinados en nuestro caduco centralismo a la moda francesa, estemos exactamente en el camino contrario.

Sí; en Madrid, los arquitectos y el azar están jugando su baza; pero aquéllos con excesiva y muy burocrática precaución, y éste, por el contrario, con demasiada alegre irresponsabilidad.

La ciudad entendida como palestra, esto es, considerada como escenario del violento juego de los poderes, las instituciones y los estamentos, requiere un orden previsto incluso para el desorden, que siempre será menor si se le sabe encauzar y nombrar. En la ciudad medieval, esta pelea permanente jamás escapaba a las previsiones del príncipe y del senado. En la ciudad moderna, por el contrario, al ser más complejas las motivaciones y más compleja también la ciudad misma, el príncipe—y hasta el senado—no abarcan, con objetividad y autoridad suficientes, el fluir del combate y sus incidencias y abdican de su función de árbitro sin percatarse siquiera de que lo hacen. La noción del príncipe peligrosamente beligrante es relativamente moderna y carece de suficiente tradición política, lo que añade mayor confusión a la confusa ciudad. Hoya ya no cabe a la ciudad el parangón con el cuerpo humano que John Salisbury quiso establecer: el príncipe es la cabeza; el senado es el corazón; los sentidos, los magistrados y gobernadores; el brazo es la milicia; el estómago, el comerciante; las piernas, el labrador, etc. En la ciudad moderna, el poder es, si no más confuso, sí más difuso, y la herramienta que al poder sirve viene a resultar, paralelamente, de más difícil identificación y bautismo.

En este sentido, Madrid no hace excepción a la norma general que rige la ciudad moderna, la gran ciudad moderna, y parece estar como a la expectativa de lo que otras grandes ciudades hagan y acontezcan. Pienso que no es saludable este esperar el ritmo de la comba ajena porque pienso también que es preferible bucear el ritmo propio, que en algún lado tendrá que agazaparse.

En la carrera de ustedes los arquitectos—quiero referirme a las pruebas que han de sufrir para que la sociedad les permita levantar casas sin ser considerados intrusos en la profesión—falta, al menos, una disciplina cuyo conocimiento, por parte de ustedes, entiendo inexcusable: aludo a la filosofía de la historia. Las casas no se construyen porque sí sino en función de algo, y ese algo no es sólo el dejar al hombre bajo techado ni el conseguir que la vida humana discurra en determinadas condiciones de seguridad. Las casas se construyen—debieran construirse—para la vida y la muerte, para la paz y la lucha, para el estudio y la holganza, para el dolor y el placer, para el amor y el odio. No dudo en suscribir la utopía que desterrara de entre nosotros los hombres todos los factores negativos—o al menos, malsanos—que nos hacen palpar

la desgracia, pero—porque procuro estar con los pies sobre la tierra—prefiero la previsión, aun amarga, a la irresponsable fantasmagonía.

La ciudad es más que una agregación de casas para vivir, morir, holgar, estudiar, amar, etc. Por encima del conjunto de edificios que la forman, más allá de los servicios públicos y comunes, de las calles por las que se transita, de los parques en que se respira, y de todos y cada uno de los elementos que la constituyen, la ciudad, cada ciudad, precisa de un espíritu determinado que la cualifique y señale, y no por casualidad sino en función de algo cuya clave habría de desentrañarnos la filosofía de la historia.

Hay ciudades graves y ciudades alegres, ciudades herméticas y ciudades abiertas como la palma de la mano, ciudades simpáticas y ciudades que no lo son, etc. Madrid, como cualquier otra ciudad del mundo, es así o de la otra manera; es como es pero también como queremos verla, y al arquitecto compete el diagnóstico que le aleje de la traición y que le permita encontrar el camino que ha de ponerle en el mejor servicio de su espíritu. Se me antojaría obvio aclarar que, en el caso de Madrid, que es el que nos ocupa, no aludo al madrileñismo, claro es, que entiendo como folklore no poco literario, postizo y de muy escaso interés. Al igual que Cervantes padece—y sobrenada—a los cervantistas, Madrid sufre—sin alterársele un solo músculo de la cara—a los madrileñistas, quienes por ahora, no han sido capaces de hundirlo, ni aun de desvirtuarlo. No es por ahí, repito.

El desorbitado auge de la ciudad vuelve al hombre hacia la concepción pagana de la existencia. En la ciudad antigua, en la ciudad griega o romana, ya puso de relieve, de modo magistral, Fustel de Coulanges—y lo cito a través de Julio Cano Baroja—el papel que ejercía la religión. Esta era una religión basada en el culto familiar, una ampliación del mismo, muy localista por lo tanto. El cristianismo, con su sentido universal, parece ser lo opuesto a ella en esencia.

Las consecuencias de esta poco cristiana y asocial forma de agrupamiento las padece el ciudadano mismo, antes que nadie y en sus propias carnes. Diríase que en su gloria se aloja su propio pecado y que en el pecado, como el caminante porta el pan en su alforja, lleva su irremisible penitencia.

La ciudad vive arropada por los arquitectos y late al compás que el azar le marca. A nuestro Madrid le deseamos salud y suerte: salud para crecer lozano y ágil, y suerte para verse derecho y en armonía. La arquitectura del futuro estará, sin duda, otra vez en la buena línea del humanismo; ya hay síntomas, entre nosotros y fuera de nosotros, de que esto ha de acontecer así. La matemática es la última y más pura poesía, pero el número, con frecuencia, no es la desnuda expresión ni de la matemática ni de la poesía, sino el disfraz que la enmascara y oculta. Mathias Goeritz, arquitecto, escultor, pintor y poeta, quiere para su arquitectura la asimetría casi imperceptible del árbol o de la cara humana. Cuando la arquitectura, en su ulterior maduración, se funda con la vida misma, el ideal de Goeritz se convertirá en realidad y las ciudades serán los brazos y las piernas, el corazón y la cabeza del hombre: su herramienta y no su jaula, dorada o herrumbrosa.

He terminado.

Camilo José Cela.

En esta Sesión de Crítica de Arquitectura el ponente, Camilo José Cela, se encontraba en manifiestas condiciones de inferioridad física, debido a un considerable ataque de gripe. En consecuencia el Coloquio tuvo que ser reducido al mínimo para no fatigar más al ilustre escritor.

LUIS MOYA

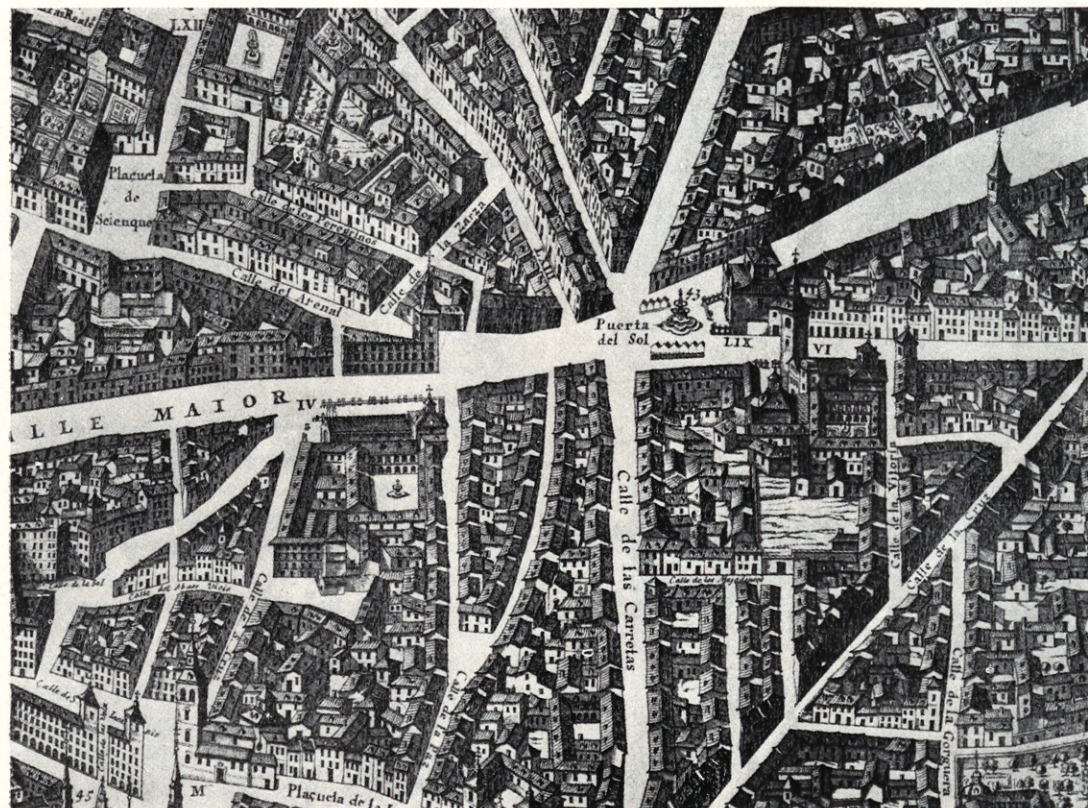
Las claras y precisas palabras de Camilo José Cela sobre Madrid pueden tener aún más peso si se recuerda la curiosa manera de entender una gran capital que tuvieron nuestros antepasados, desde Felipe II hasta muy entrado el siglo XIX. Se dice, y es una metáfora, que Roma fue el escenario de los oradores, los Césares, etc., o que París lo fue de las glorias del Rey-Sol y de Napoleón. Pero Roma y París fueron, además de escenarios, verdaderas ciudades, y de ellas nos quedan sus memorias en piedras inmortales.

En cambio, Madrid tuvo vocación de ser sólo escenario. Ni siquiera se llamó ciudad, pues se quedó en Villa, oficialmente, pero en realidad no llegó a serlo. Fue un escenario vacío y pobre como son todos los escenarios fuera de las horas teatrales, y por ello no nos dejó en herencia esos edificios monumentales, sagrados y profanos, que eran de esperar en la que fue capital del mayor Imperio hasta entonces habido sobre la tierra. Lo que había—y de ello ha quedado muy poco—era un laberinto de construcciones de adobe o de tapial, con algunas partes de ladrillo, y muy pocas de piedra. En tiempo de los Austrias apenas había bóvedas de verdad: solían ser cascarones de yeso sujetos a armaduras de madera, como lo era la cúpula de San Isidro, entonces nada menos que Colegio Imperial. Menos mal que su nave sí tenía bóveda de verdad, pero otras iglesias no tenían ni eso.

Era técnica de escenógrafo, más que de constructor, la usual en Madrid. Las portadas de piedra, lujosísimas aun antes del barroco, eran tan decorativas y tan escasamente estructurales que en testamentos se consideraban a veces bienes muebles, como si fueran bargueños, y en realidad se trasladaban del mismo modo que éstos.

No debió de ser éste, sin embargo, el panorama que contemplaron habitualmente nuestros antepasados del Siglo de Oro, pues siempre había motivos para tapar con espléndidos decorados teatrales las pobres construcciones de la villa, incluso las iglesias, y no sólo el exterior, sino también el interior. Por ejemplo, en la famosa fiesta de las Cuatro Canonizaciones, se construyó dentro de la Iglesia del Noviciado un monte con numerosas grutas en su interior, y en cada una un panorama ilusionista que representaba escenas de la vida de los nuevos Santos, laberinto que el pueblo recorría muy contento y admirado, según crónicas de la época. La misma alegría popular se cuenta de las infinitas fiestas, siempre con decorados adecuados a cada caso, que se celebraban con motivo de nacimientos de príncipes, entradas y coronaciones de reyes, visitas de príncipes extranjeros, llegada de embajadores, muertes y funerales de personas reales, fiestas de toros, autos de fe, y hasta degollaciones como la de don Rodrigo Calderón, para la que se construyó un suntuoso cadalso en la plaza Mayor. A estas fiestas se añadían cada año las de Semana Santa y el Corpus, y otras muchas más, de gremios y cofradías, de triunfos guerreros, y finalmente, las estrictamente teatrales, que si al principio eran parte de la fiesta general, con Felipe IV tuvieron ya carácter independiente y fueron, en ocasiones, muy sonadas por ellas mismas.

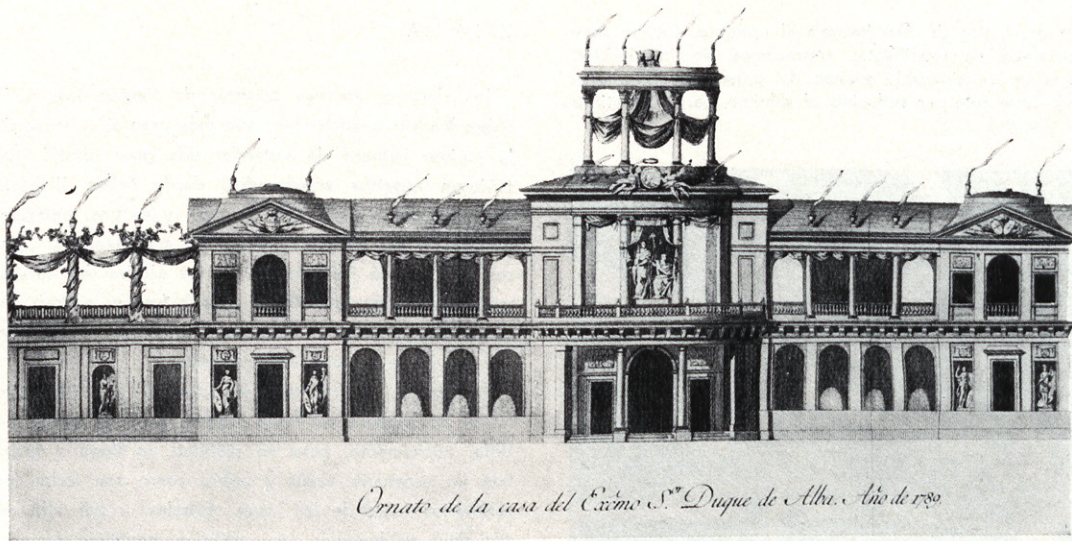
Con todo ello la gente lo pasaba muy bien, pues los muchos escenarios simultáneos en cada fiesta exigían actores y público, ambos en número extraordinario, y unos y otros eran los propios habitantes de Madrid, que no cesaban de cambiarse de trajes y de alhajas.



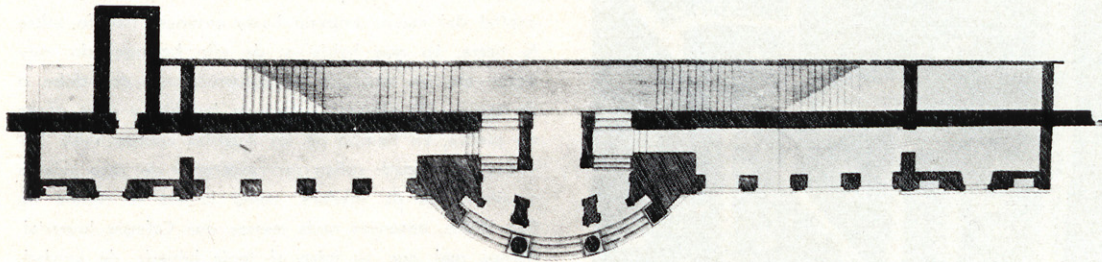
Puerta del Sol, según el plano de Texeira (1656). Es el centro de una "vieira", como las mencionadas por Camilo José Cela, compuesta por las calles Mayor, Arenal, Preciados, Carmen, Montera, Alcalá y Carrera de San Jerónimo. Son siete calles, como las que se abren al fondo del escenario del Teatro Olímpico de Vicenza, obra de Palladio, y se dedicaron, en las fiestas, a los mismos fines teatrales que en éste.

Plaza de Santo Domingo, según el plano de Texeira (1656). Es otra "vieira", como la Puerta del Sol, y tuvo aún más uso teatral que ésta.



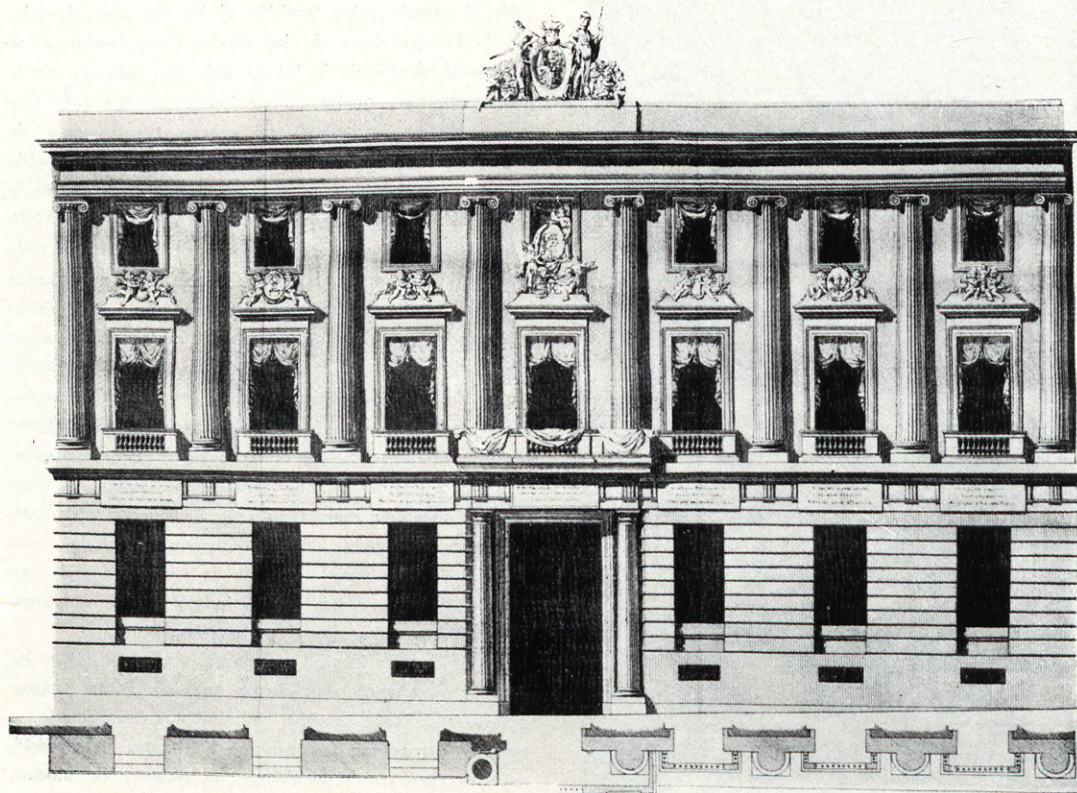


Ornato de la casa del Excmo. S.^o Duque de Alba. Año de 1789.



Planta baja del ornato de la casa del Excmo. S.^o Duque de Alba. Año de 1789.

Ornato de la casa del Duque de Alba, en la calle de Alcalá. (De la DESCRIPCION DE LOS ORNATOS PUBLICOS, ETC., 1789.) Obra de don Juan de Villanueva, muy relacionada con dos proyectos que hizo para el Museo del Prado: el primero, con la galería de una sola planta separada del cuerpo del edificio, y el segundo, que es el realizado, con la galería de dos plantas y adosada. En este Ornato resuelve el problema de la terraza del jardín y su acceso desde la calle, pues aquél era el actual del Ministerio del Ejército.



Los documentos que publica Ortega y Gasset en los PAPELES SOBRE VELAZQUEZ Y GOYA ilustran muy bien este alucinante género de vida, siempre en escena, cuyos últimos restos han recogido Baroja y Solana, y ahora Camilo José Cela, que todavía ha encontrado mucho que contar.

Con los Borbones vino de Italia y Francia la idea de hacer una capital a estilo europeo, con edificios de verdad, pero no por ello se redujeron las fiestas y su escenografía. Quizá la última gran decoración que se extendió a toda la villa de Madrid fue la de 1789, con motivo de la exaltación al trono de Carlos IV y María Luisa. En ella pudieron ver las gentes de Madrid, en maqueta a tamaño natural, el proyecto de don Ventura Rodríguez para el Palacio de Altamira, con sus 70 metros de largo, así como el fantástico pabellón que para esta fiesta proyectó don Juan de Villanueva en el jardín de Buenavista, de los Duques de Alba.

Aún después de la guerra de la Independencia hubo algunas fiestas más, pero pobres y descentradas en el nuevo ambiente. Todavía las hubo en tiempo de Isabel II, pero ya los planes de urbanismo al nuevo estilo, con la sensatez y modestia a que se ha referido Sainz de Oiza, trataban de resolver en serio los problemas de Madrid. No se siguieron estos planes, quizá porque nacieron sin empuje suficiente ni tuvieron arraigo en el fondo del alma de las gentes. Fueron importación de ideas de fuera, no surgidas aquí. Hubiera hecho falta una gran imaginación para concebir una nueva ciudad sobre la extraña base del concepto que de la capital se tenía en el Siglo de Oro.

Academia de San Fernando. (De la DESCRIPCION, ETC., 1789.) Obra de don Pedro Arnal, con la "Junta de Comisión de Arquitectura", de la misma Academia. El ornato está sobrepuesto a la fachada verdadera, pero la portada de don Diego de Villanueva se dejó a la vista, con el artificio que se aprecia en la planta.

Ornato de la Hospedería del Paular, en la calle de Alcalá. (De la DESCRIPCION DE LOS ORNATOS PUBLICOS, ETC., hechos con motivo de la exaltación al trono de Carlos IV y María Luisa. Imprenta Real de Madrid, 1789.) Obra del arquitecto Vargas Machuca.



Una vez más los arquitectos españoles y nuestra arquitectura de urgencia hemos recibido ayuda extraordinaria para la reflexión comunitaria sobre nuestros problemas y realidades, de la palabra bienintencionada, bienhablada y cordial de Camilo José Cela.

En 1961, y en su revista mallorquina PAPELES DE SON ARMADANS, recogió en un número de fin de año la *Antología poética de los oficios de la construcción*, primera y única, creo yo, dedicada a ese tema en lengua española. Además del arquitecto, el maestro de obras y el maestro albañil fueron cantados allí, en tres de las cuatro lenguas peninsulares—castellano, catalán y gallego—, canteros y carpinteros, ferrallistas y cerrajeros, fontaneros y electricistas, ascensoristas y calefactores, ceramistas, soladores y vidrieros; el pocero, cuya obra baja a las entrañas de la tierra, y el fumista, que hace posible que nuestra fatiga diaria suba, azulada, hacia el cielo; el yesero, que pone blancas las paredes, y el pintor, que las pinta de colores. Cela, en el prólogo a la *Antología*, se arrancaba también por cante grande: la caña del arquitecto y el polo del maestro de obras, la *siguiriya* del albañil y la *soleá* del cantero, el *martinete* del carpintero, la *debla* del pintor y la *serrana* del yesero:

*¡El yesero y el yeso!
¡La cal viva relumbra
igual que un beso!*

Ahora, cinco años más tarde, a fines de este año 66, Camilo José Cela acude a nuestras sesiones renovadas de crítica para hablarnos de Madrid, ciudad a un mismo tiempo prevista e improvisada, planeada y azarosa, posible e imposible, es decir, ciudad en crecimiento extra-uterino, a la que intentamos aplicar de cuando en cuando, profesionalmente, nuestras restringidas posibilidades de urbanismo.

Camilo José Cela, autor desenfadado y, vuelvo a repetir, bienhablado, de nuevas escenas *matritenses*—ya que el bien hablar abarca toda la gama expresiva de los vocablos—, podía muy bien, para salir del paso o del compromiso, haberse ido por las ramas de su talento de narrador, contándonos una vez más historias divertidas y ejemplares, más o menos barriobajeras y castizas. Pero ha preferido coger el toro por los cuernos, y hablarnos del Madrid histórico y político, y de la salvación del futuro de Madrid como gran ciudad gracias a su nuevo planteamiento histórico-social.

A la encina castellana, árbol que, a primera vista, parece de una pieza y debido a una férrea voluntad indomable le decía el poeta Antonio Machado:

*Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
sólo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede.*

También Madrid—cuyo árbol heráldico debía ser la encina y no el madroño—ha ido creciendo como ha podido, cediendo a la ley de su vida de ciudad española cien por cien, e incluso muchas veces, por culpas propias y ajenas, como no ha podido. Por eso Cela le desea en los próximos años decisivos salud y suerte: salud para seguir creciendo, y suerte para crecer lo más derecha posible.

Para terminar, me interesa recoger un pasaje en que Cela alude a la imaginación del arquitecto. Lo

mismo que un escritor—un gran escritor, como Camilo José Cela—tiene que escribir con imaginación y gramática, el arquitecto, pequeño o grande, tiene que proyectar con imaginación y ordenanzas municipales. Lo mejor, en uno y otro caso, será siempre que la gramática o las ordenanzas se noten lo menos posible en el estilo vivo del escritor y del arquitecto. De que la encina—en este caso nuestra desarbolada Madrid—brote más torcida que derecha, no le echemos toda la culpa a las ordenanzas, pero deseemos para el futuro inmediato de Madrid—un futuro de cinco o seis millones de habitantes—unas ordenanzas abiertas, positivas, y no sólo negativas, que ayuden de veras para que la imaginación del arquitecto, al servicio de sus semejantes, pueda ser también y sobre todo imaginación de urbanista.

PEDRO CASARIEGO

Mucho agradecemos los arquitectos que una personalidad como Camilo José Cela (y por si fuera poco una personalidad griposa) haya venido a hablarnos desde su particular punto de vista sobre un tema muy dentro de nuestra competencia.

Parece importante que este contacto no sea único. Nuestra formación, necesariamente compleja, debe completarse con lo que nos digan, desde fuera, personas que, como Camilo, tengan mucho que decirnos.

JULIAN PEÑA

A lo dicho por Cela quizá conviniese añadir que tampoco el Estado ha marchado de acuerdo con los intereses de la villa de Madrid.

No creo que nunca haya sido llevado por madrileños, sino más bien por provincianos "desde" Madrid. Todos sabemos que el general Espartero, el del caballo, rompeolas en la calle de Alcalá, era natural de Logroño, y don Miguel Primo de Rivera, de Jerez de la Frontera. Es un hecho evidente que uno de los arquetipos actuales del madrileñismo es el marqués de la Valdivia, quizá por llevar capa en invierno y sombrero de paja en verano (?), y que naturalmente no nació en Madrid, sino en la provincia de Palencia, hecho que no le ha impedido ser presidente de la Diputación madrileña durante muchos años. Quiero decir que también la Administración Local, Ayuntamiento y Diputación se dirige en Madrid, en muchos casos, por provincianos.

El 90 por 100 de los madrileños, empezando por él, aunque ahora se nos haya marchado en busca de mejores climas, también somos de la provincia, y la mayor parte de los desafueros que gratuitamente se adjudican a Madrid y los madrileños se cometen por provincianos, vecinos de Madrid.

Lo que ocurre es que en realidad el madrileño casi no existe y como grupo de presión, empleando una terminología al uso, su poder es nulo. Los verdaderos madrileños supervivientes, naturales o no de la villa, observan, al margen, despavoridos, las tropelías que con su ciudad, y en nombre de su ciudad, realizan los madrileños de adopción que, por razones obvias, no tienen nada que defender en la villa. Desconocen, o más bien les interesa desconocer, su espíritu y el de sus gentes; y, como el tabernero de la Verbena de la Paloma, no son capaces de "comprimirse" cuando llega el caso.